

## **ITALIA**

Autor: Manolo Campa

En nuestro viaje a Italia paramos en España. Hicimos una escala turística en Madrid. Terminada ésta, salimos hacia Roma en un avión español, lleno de italianos. Las aeromozas hablaban como mi suegra que nunca perdió su acento castizo, pero, eso sí, con más dulzura. Rodeado de italianos, que no paraban de hablar, sentí la sensación de estar viajando con la familia completa y extendida de "Don Corleone", el Padrino.

En el aeropuerto tomamos un tren que nos llevó al Centro de Roma. Allí tuve la primera grata impresión de los italianos: el chofer del taxi, amable y parlanchín, nos fue mostrando cuanto lugar de interés turístico nos encontrábamos en el camino hacia el hotel, situado a dos cuadras del Vaticano.

En el hotel nos estaba esperando el matrimonio de Miami que nos servirían de guías en esta etapa. Él habla italiano perfectamente. Ella habla "hasta por los codos". Se conocen a Roma de punta a punta. Él es experto en restaurantes buenos y en vinos del país que seleccionaba de acuerdo con la comida. Yo lo defraudé constantemente porque mi selección no coincidía con la de él. Siempre bebí, en todas las comidas, "acqua minerale naturale".

Aprendí a decir unas pocas palabras en italiano, muy mal pronunciadas, pero que por ello no dejé de decirlas, para disgusto de mi culto amigo que siempre trató de enseñarme la pronunciación correcta. Tuve que explicarle que yo hablaba "italiano sin barreras"... que es lo mismo que chapurrearlo.

Con la palabra "bochorno" saludaba por las mañanas y siempre los romanos me devolvían el saludo con una palabra muy parecida a la mía. Después del mediodía, "buena acera" eran las dos palabras en español que los italianos entendían como una de ellos y me devolvían el saludo con sonrisas comprensivas.

Sin que nadie en el Viejo Continente se sienta menospreciado, manifiesto que los italianos, por su cordialidad y su verborrea, son los caribeños de Europa.

Roma es realmente la ciudad maravillosa que deleita en fotografías y artículos de profesionales de la propaganda turística. Como ellos la describen mejor que yo, me limito a decir que nada en la "ciudad eterna" me defraudó. Inclusive cuando por poco pierdo el aliento subiendo los trescientos y pico escalones que nos llevaron a la cúpula de San Pedro. Al contemplar aquel magnífico panorama, sentí la gratificación al esfuerzo que deben sentir los atletas que triunfan en las olimpiadas.

Al Santo Padre lo vimos el domingo como un punto blanco asomado a una ventana donde colgaba un estandarte. Pero el miércoles siguiente pudimos verlo de cerca en la audiencia en el Aula Pablo VI.

Mis amigos, se llaman, Germán y Leida. Esos son sus nombres. No son personajes ficticios. Por lo tanto, modificando el final de la usual aclaración que hacen en las películas o en las novelas televisadas: "cualquier semejanza con personas vivas o muertas", no es pura coincidencia.

Leida está confinada a una silla de ruedas. Por esa razón recibió la distinción de situarse en la tercera hilera del Aula, destinada a personas en su condición física. Germán se sentó a su lado.

Terminada la audiencia el Papa bajó a saludar a cada una de las personas que estaban en aquellas tres filas. Cuando Su Santidad había dado la bendición y la mano a Leida, al estrecharle la de Germán, éste le dijo: "Santo Padre, rece por Cuba". Juan Pablo II, lo miró y le dijo: "Por Cuba rezamos todos los días".

En los cuatro días siguientes a nuestra estadía en Roma, visitamos Florencia, Venecia y Milán. De cada lugar conservamos recuerdos que nos producirán admiración y júbilo mientras nuestra memoria tenga capacidad para revivir los gratos momentos.